EL LOTO BLANCO

REVISTA TEOSÓFICA

ÓRGANO DE RELACIÓN ENTRE LOS TEÓSOFOS ESPAÑOLES

E HISPANO-AMERICANOS



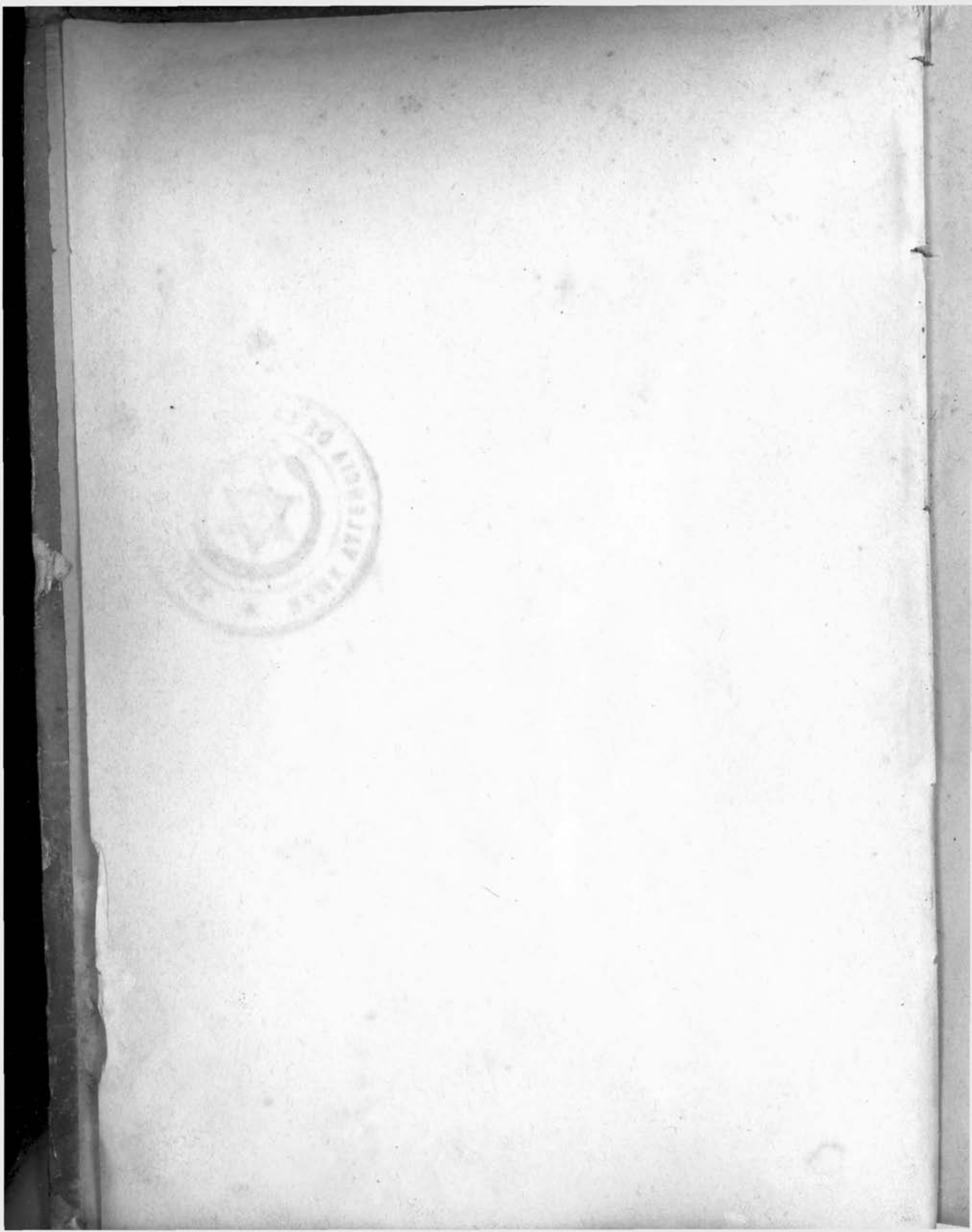
1919

VOLUMEN III AÑO III

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

PRINCESA, N.° 14

BARCELONA



INDICE DE 1919



EL PRINCIPIO DE FRATERNIDAD APLICADO A LAS CONDICIONES SOCIALES

CONFERENCIA DE ANNIE BESANT (1)

Pienso hablaros hoy de la aplicación del principio de fraternidad a la vida humana; de la manera en que deberemos aplicar este principio para resolver los problemas que actualmente nos preocupan; de los medios que habremos de emplear para pasar sin transición demasiado brusca a un grado superior de civilización, procediendo con calma más

(1) Damos principio al cumplimiento de nuestra reciente promesa con la publicación de este trabajo, que se reproducirá en folleto (1.° de la serie) y unido como regalo al número en que termine, que según creemos será el tercero. Nos tomamos la libertad de recomendar desde ahora a nuestros subscriptores la mayor circulación posible de estos folletos, como contribución a la obra de los Maestros.

bien que por el odio y la revolución. La revolución no puede ofrecernos más que una paz relativa, poco duradera, turbada por nuevas luchas que alientan y despiertan los malos instintos, agravando y prolongando la miseria.

Si el principio de fraternidad nos ha de servir de alguna ayuda para allanar las dificultades que atravesamos, es preciso, ante todo, que nos entendamos sobre el sentido de la palabra *fraternidad*, fijándonos de una vez para todas en lo que implica.

En primer lugar, *fraternidad* no equivale a *igualdad*, y para convenceros de ello os bastará observar la naturaleza. La fraternidad se desprende de ella sin esfuerzo alguno; pero no así la igualdad, que no se ve por ningún lado.

Esta cuestión nos lleva de la mano a nuestras familias, en cuya constitución salta a la vista la desigualdad, pues hay hermanos mayores y menores, experimentados y sin experiencia, quienes guían y quienes obedecen.

Si se aspira, pues, al advenimiento de una sociedad que tenga por toda divisa la palabra *igualdad*, el principio de fraternidad debe ser desechado enteramente. En efecto, al desencadenar la guerra social para obtener la igualdad, se viola una ley social y se persigue una quimera y no un fin real y razonable.

Nada más saliente en derredor nuestro que todas esas desigualdades que integran la armonía de las cosas en la naturaleza. Más aún; si retiramos la atención de este vasto dominio caracterizado por la variedad de objetos y seres, y nos fijamos en el hombre, nos encontraremos también con esta misma desigualdad.

No son las diferencias de edad las únicas que dividen a una familia; hay también las diferencias de capacidad, facultades, aptitudes y cualidades. ¿Qué igualdad hay entre un enfermo y un sano, entre un enfermo que conserva la mayor parte de sus miembros y un paralítico, entre el ciego y el que ve, entre el genio y uno de pocos alcances o idiota?

La desigualdad de condiciones es una ley de la naturaleza. No así la igualdad. No hace más que malgastar sus fuerzas el que se empeña en construir un sistema basado en las ficciones de utopistas, que se desvanecen en el momento de aplicarlas a la vida humana.

«El hombre ha nacido libre». En América se considera que esta sentencia implica el principio de igualdad, sin advertir que en realidad se halla en absoluta contradicción con todas las cosas de la vida humana. El hombre, al nacer, es un niño incapaz y desvalido; y es tan cierto esto, que si se le abandonara a los goces de la libertad, bien pronto se vería comprometido su desarrollo y crecimiento. El niño no nace libre; depende de todos los que contribuyen a su desenvolvimiento. Si al venir al mundo no se encontrara rodeado de cariño y cuidados especiales, no tardaría en extinguirse; moriría antes de muchas horas de haber visto la luz.

Es muy significativo que las dos sociedades que han adoptado el principio de fraternidad universal admiten la necesidad de una Jerarquía.

Fijad vuestra atención en la gran Fraternidad Masónica. Sus afiliados proclaman la fraternidad universal sobre toda la superficie de la tierra, y, sin embargo, se respeta con el mayor rigor la autoridad de los oficiales de una Logia, considerando la Jerarquía como la condición *sine qua non* de la libertad.

Lo mismo sucede en la Sociedad Teosófica, que también ha elegido como uno de sus objetos la fraternidad universal. Sus miembros admiten y reconocen la existencia de una Jerarquía que guía los destinos de la humanidad, dirige el desarrollo gradual del hombre: poderosa Jerarquía, digna directora de la humanidad por Su gran Sabiduría.

Las órdenes de esta Jerarquía se cumplen alegremente hasta por los miembros más insignificantes de la Sociedad, reconociendo la autoridad basada en la sabiduría.

De ella fluye el manantial de la libertad. Sin este orden jerárquico, en que la sabiduría gobierna y el ignorante obedece, es imposible obtener nada digno de ser bautizado con el nombre de libertad.

Como espero probároslo por lo que he de deciros todavía, *jamás hemos visto libertad en la tierra* fuera de las filas de esta gran Jerarquía humana. No hemos visto más que los derechos de las diferentes clases, los derechos de un grupo sobre el otro. Jamás hemos gozado de libertad, porque el hombre no ha evolu-

cionado lo bastante para comprender las condiciones fuera de las cuales la libertad no puede existir.

Sin perder de vista el extraño hecho de que sólo hay dos sociedades que, proclamando la fraternidad universal, admiten un orden jerárquico, veamos hasta qué punto puede establecerse una jerarquía en la gran fraternidad humana. Dejo por el momento esta gloriosa Jerarquía oculta a que acabo de aludir, para fijarme en la humanidad ordinaria, tal cual la conocemos todos. Podemos forjarnos una idea de lo que debiera ser un Estado, figurándonos una familia en que se reconoce el principio de fraternidad, en que los deberes y las responsabilidades son proporcionales a la edad y al saber.

¿Pero cómo puede entrar en cuenta la edad tratándose de la humanidad? A menos que encontremos en la raza humana un elemento análogo a la edad de un individuo en una familia, nos será difícil justificar la fraternidad y hacer de ella la piedra angular para los siglos venideros. Pues bien, las diferencias de edad existen para la humanidad lo mismo que para los miembros de una familia. El hogar de una familia, cuyos miembros nacen unos después de otros, se compone de personas de distintas edades, y lo mismo ocurre en la gran familia humana. Los espíritus humanos, provistos de inteligencia, que constituyen la vasta familia que conocemos, no tienen todos la misma edad; no han adquirido su existencia individual al mismo tiempo. A la idea de la fraternidad se une, pues, la de la suprema ley de Reencarnación, que implica diferencias de edad para las almas, y, por consiguiente, para los hombres. Estas diferencias de edad no se ajustan necesariamente a las castas o clases en que se divide nuestra sociedad moderna, aunque el sistema de castas en la India antigua estuviera basado precisamente sobre la diversidad de edades de los egos en reencarnación. Este sistema, quedó hace mucho tiempo relegado al olvido, y ya no encontraréis en la tierra aquel orden definido de nuestros ascendientes arios en los comienzos de la historia. Nos es posible, no obstante, discernir la juventud o madurez de una alma examinando las características del hombre en el momento de su nacimiento. Estudiando el carácter, aparecen distintamente las señales de juventud o madurez.

Las almas incapaces de adquirir cierta suma de conocimientos, de moralidad baja, egoistas, que piensan con avidez en el placer del momento sin inquietarse por los inconvenientes que se siguen de él; el hombre trivial, superficial; el que busca la vida fácil y se deja guiar de sus caprichos; aquel cuyos pensamientos son poco definidos y cuya voluntad es tal, que jamás se puede contar con él; el inconstante y frívolo, que se deja arrastrar fácilmente por las circunstancias: los que llevan estas características son almas jóvenes que aún no han atravesado más que un número muy limitado de las experiencias que forman el carácter y afirman la voluntad.

En cambio, los individuos de juicio tranquilo, de gran capacidad intelectual, que poseen la facultad de transmutar el saber en sabiduría, firmes en sus convicciones, prontos a mirar hacia el porvenir sin preocuparse de los efímeros atractivos del presente, dispuestos a ceder un poco de su bienestar para aumento del bienestar general, son almas viejas, que han pasado por numerosas experiencias, desarrollando gradualmente sus capacidades, y traen consigo la mies cosechada hace mucho tiempo.

Esta gran ley de la Reencarnación es inseparable del principio de la fraternidad, si ésta ha de ser aplicada y vivida en la vida ordinaria. La aceptación de estas diferencias de edad es indispensable para establecer una sociedad feliz y sabiamente organizada.

Si las almas jóvenes llegan a apoderarse del poder y de la riqueza, sufrirá la nación las consecuencias, porque estará gobernada por niños en vez de estarlo por hombres. Por el contrario, es un bien para un pueblo conceder a la sabiduría el derecho de autoridad y dejarse conducir del que sabe y piensa. No sufre el pueblo donde el poder va unido al saber, donde la experiencia deslinda los derechos y preserva de toda mancha a la bandera de honor.

Solamente gracias a estas ideas, que se derivan de la creencia en la reencarnación, solamente gracias a esta gran ley de la naturaleza, nos será posible establecer sin peligro las bases de una nueva sociedad fuerte.

Se objeta a esto con frecuencia que, para fundar una sociedad

con estos altos principios por base, sería preciso cambiar la naturaleza humana, que es profundamente egoista, superficial y esclava de sus hábitos. ¿Cómo formar una sociedad fuerte y noble con elementos groseros y superficiales? Siendo los sabios minoría, ¿qué medios podréis emplear para concederles el derecho de gobernar?

Es verdad que la naturaleza humana tendrá que trabajar mucho para elevar su nivel; pero no hay que olvidar que va cambiando incesantemente. No se inaugura, pues, ningún nuevo método al tratar de cambiarla; continúa en su perpetua transformación, de siglo en siglo y de civilización en civilización. Si os tomáis el trabajo de estudiar la ley de la existencia, dedicar el pensamiento a la formación y perfeccionamiento del carácter; si teneis en cuenta que existe una ley inviolable de causalidad llamada por los teósofos *karma,* que sin excepción actúa en todas las regiones de la vida humana; si ponéis vuestra confianza en la ley de reencarnación y fundáis vuestra esperanza en la inviolabilidad de la ley de causa y efecto, os daréis cuenta de que la naturaleza humana es extremadamente maleable, y según comprendáis (mejor o peor) la ley, vuestros progresos serán más o menos rápidos.

¿Creeis en la impotencia del pensamiento para combatir los sentimientos egoistas? ¿No es el generador de todos los grandes cambios? ¿No precede a la acción la idea? Permitidme que os presente dos ejemplos, que os cite dos naciones que han obtenido la unidad nacional en nuestra misma generación: Italia y Alemania. Os las cito como ejemplos de naciones que, hallándose divididas por cuestión de intereses, consiguieron su unidad nacional. ¿Cómo se ha hecho el milagro? En ambas naciones empezaron por encomiar la idea; y cuando los poetas germanos hubieron glorificado la patria durante años, cuando entre los jóvenes se hubo despertaba el amor a ella, al cabo de muchos años de dedicar las gentes sus cantos a este ideal, el soldado se unió al ciudadano, y ambos se pusieron a la obra para reunir todos los estados pequeños en uno solo.

Lo mismo sucedió en Italia. Mucho antes de pensar en la guerra ni en la revolución, mucho antes de que surgiera la idea de recurrir a la espada, los pensadores italianos habían exaltado y

También en las Indias existen, como aquí, religiones sectarias y divisiones respecto a la enseñanza religiosa; y hubierais podido oir allí hace una docena de años, como hoy en Inglaterra, y con la misma convicción: «es imposible enseñar la religión a los niños indios; las luchas entre las sectas hacen ilusoria la unión; ¿cómo queréis enseñar nada a los niños si no estáis de acuerdo sobre las bases de la enseñanza que les habéis de dar?»

Allí como aquí parecía imposible salvar el abismo; pero en cuatro o cinco años se resolvió la cuestión, por lo menos en lo tocante al induismo, religión de una enorme mayoría. ¿Cómo? Simplemente, por la aplicación del principio de Fraternidad. Algunos de entre nosotros, de acuerdo con los teósofos indios, nombramos un comité que reuniera en un lado las doctrinas esenciales del induismo y en el otro todo lo que pareciera inútil o privativo de una secta.

(Se continuará)

(Traducido por Juan Zavala).



EL JURAMENTO DEL NIÑO NORTEAMERICANO

En la apertura de clases en los Estados Unidos, los maestros toman el siguiente juramento a sus alumnos.

Yo juro:

No destrozar nunca árboles y flores.

Proteger a los pájaros.

Respetar la propiedad ajena, para que se respete la mía.

Hablar decorosamente.

Ser siempre respetuoso con las mujeres.

No escupir en tranvías, ni en clase, ni en la calle.

No tirar papeles en sitios o jardines públicos.

Es en efecto muy conveniente inculcar estas buenas costumbres a los niños y enseñarles el dominio de sí mismos, para que lleguen a ser buenos ciudadanos.

Un contemporáneo de H. P. B.

Los "Estudos Esotéricos" del Vizconde de Figanière

I



L delegado presidencial de la Sociedad Teosófica en España y discípulo de H. P. B., don José Xifré, nos proporcionó hace años los notables *Estudios Esotéricos* del sabio portugués vizconde de Figanière, amigo personal de aquella Maestra. Consideramos, pues, un deber nuestro, dar a conocer a nuestros lectores la hermosa obra de este teósofo y ocultista, con gran encomio citado por la Maestra en varios lugares de *La Doctrina Secreta.* (1)

Esta obra extraña del que, en tiempo y en derecho, es sin duda, el primer teósofo portugués, resulta con el mismo plan fundamental que *La Doctrina Secreta*, es decir, una primera parte de *Cosmogénesis;* una segunda de *Antropogénesis,* y una tercera de «Novísima Luz», o de efectivo ocultismo. Figanière, sin duda, por sus ideas como por sus visitas diplomáticas a Rusia, Francia e Inglaterra, trabó conocimiento con la fundadora de la Sociedad Teosófica y se hizo su discípulo. Por eso dice, a guisa de prólogo: «Estando este libro para salir a luz, se ha publicado en Londres *The Secret Doctrine, by H. P. Blavatsky,* y como quiera que contiene recientes e importantísimas revelaciones, las damos también en un capítulo suplementario, por modificar un tanto algu-

---

(1) La portada de la obra reza así: «*Estudos Esotericos — Submundo, Mundo, Supramundo,* pelo Visconde de Figanière, Gran Cruz da Ordem de Santa Anna da Russia; Enviado extraordinario e Ministro plenipotenciario que foi de Portugal em S. Petersburgo (1870-76); Membro (Felow) da Sociedade Theosophica. *Prímeira parte:* Evoluçao em geral: Metaphysica, Ontologia, Cosmogonia. — *Segunda parte:* Evoluçao humana: Fragmentos prehistoricos, Ethica, Psychomachia. — *Appendice:* Notas, Extractos, Elucidaçoes. *Capítulo suplementar:* Novísima Luz.»—La obra está fechada en Leça da Palmeira, perto do Porto, em 29 de janeiro de 1889, y publicada en el mismo Oporto: «Livraria Internacional de Ernesto Chardrou, par Lugan et Genelioux, 1889»; dedicada «a seu primo coirmao Gustavo Adolpho de Serpa Pinto, Fidalgo Cavalleiro da Casa Real, etc., etc.» Forma un tomo en 8.º y consta de 744 págs.

nas ideas corrientes en los círculos teosóficos occidentales». Esto es importante, porque demuestra que la obra de Figanière no está inspirada en la última de Blavatsay, sino que, para honra de nuestra raza ibera, representa, en fondo y forma, una felicísima coincidencia con la más fundamental de cuantas producciones salieron de la pluma de la Maestra.

Siete son los capítulos de la primera parte, consagrada a Metafísica, Ontología y Cosmogonía, y los precede una brillante *Introducción*, en la que se estudia el actual conflicto entre el corazón y la cabeza en

> Naufragios y catástrofes de toda suerte,
> frente a los cuales el menor de los males es la muerte,

al tenor del dicho de Adamástor, todo por falta de pilotos experimentados que acierten a sacarnos con bien del doble naufragio de la ciencia y la religión, ni más ni menos que en la Introducción de *Isis sin velo*, se dice, al abogar por una salvadora ciencia de la religión y religión de la ciencia o sea la Teosofía: «El misterio no es lo sobrenatural, porque no hay nada sobrenatural en la naturaleza, sino la acción de leyes que desconocemos aún, pues que, como enseña Schopenhauer, «las ciencias naturales, al desarrollarse, acaban siempre por tropezar con las *cualidades ocultas*, a cuya categoría pertenecen las fuerzas elementales de la Naturaleza, las cuales, por tanto, competen a la Filosofía y no a la ciencia («*El Mundo como Voluntad*, L, 15—*Parerga* c. 17»). Y añade: «Existen, sin duda, otros planos y otros mundos por encima y por debajo de nosotros: ¿qué sabe el rústico, en efecto, de los consejos del Gobierno?»

Además la humanidad, dado lo lento de su progreso, tiene una historia de millones de años, contra lo que dicen cronologistas cretinos. Nuestras costumbres son idénticas a las de los romanos relatadas en el libro XXX de Polibio; en igual relación estaba entonces que ahora el oro con la plata; y los diálogos platónicos, por ejemplo, son de tanta actualidad hoy como entonces. Los ciclos de las civilizaciones se suceden, pero las civilizaciones se repiten, y razas como la negra no siguen la ley de la evolución. El ciclo, pues, más que enseñanza de Vico, lo era ya de los filósofos

estoicos y de otros más antiguos, pero por encima de estos ciclos, tenemos la espiral, y una ley de correspondencia encerrada en la sentencia famosa de Hermes Trimegisto de que «lo que está arriba es como lo que está abajo, para obrar los misterios de la armonía que es la síntesis de lo vario en lo uno».

Fiel a esta enseñanza oculta, Figanière rechaza el error actual de la ciencia al pensar que el estado primitivo de la Humanidad fué la barbarie, contra lo que enseña la universal tradición religiosa. Dice sobre el particular: «Por antiguo que sea un pueblo, siempre hay una minoría selecta que dirige al vulgo». Esto hace sospechar que así ocurrió desde el princîpio con los primeros hombres y los *Enviados* o «Reyes Divinos». Además añade Figanière con su intuición maravillosa: «La blandura de la inocencia primitiva es indispensable para la domesticación del animal, cuanto para la educación del ente humano. El hombre realmente primitivo pertenecía a la fase inocente, infantil y pacífica de la humanidad. Por eso la inocencia fué el primer estado pre-civilizado, mientras que la barbarie, que hoy se supone falsamente una condición primitiva, es, al contrario, *una caída, una condición post-civilizada*. Por eso el negro, el piel-roja, el pamú son los hijos degenerados de naciones prehisióricas que en sus respectivos ciclos alcanzaron un elevado estado de cultura y civilización. Los hombres de la llamada edad de piedra, lejos de ser hombres primitivos, eran razas decaídas, degradadas, que retrocedían ante el flujo de una nueva onda humana, así como ciertas tribus americanas, australianas, etc., van desapareciendo al contacto del hombre blanco. En cambio, seres como los indios asiáticos, árabes, etcétera, son pueblos dormidos y como *en eclipse*».

Poseedor Figanière de una enorme cultura clásica, avalora sus dichos con testimonios como el de Aristóteles (L. I, c. 3) cuando dice que «las ciencias y las artes se han perdido más de una vez», al tenor de la célebre frase del *Ecclesiastés* (I, 10) de que «nada nuevo existe bajo el sol», pues que las ocultaciones parciales de aquellas las hacen decaer en unos paises mientras que florecen en otros, ni más ni menos que el astro rey, alma de la vida entera de nuestro planeta, da el invierno tras el verano alternativamente a los dos hemisferios, y la noche tras el día a todos los paises...

El nobilísimo Vizconde arremete gallardo contra estos nuestros modernos historiadores que no se compenetran con el espíritu que presidiera a la época que estudian, faltando a la primera condición necesaria para hacerse cargo de ella, pues ya dijo Schopenhauer *(La Sabiduría en la vida*, 6): »Cada época, por lamentable que sea, se cree más sabia que la precedente, de igual manera que a cada edad se cree el hombre superior a lo que antes fuera, engañándose, sin embargo, entrambos no pocas veces». Lo mismo dijo Horacio, cuando canta:

Aetas parentum pejor avis, tulit
Nos nequiores, mox daturos
Progeniem vitiosiorem, (Carmina III, 6).

Bacón corroboró esta sentencia al decir que el genio del pasado era de agudeza superior a la nuestra, por lo cual siempre enseñó Platón que «los antiguos estaban más cerca de los dioses que nosotros», y es bien sabido que la antigua filosofía era un delicioso ramillete de religión, ciencia, gobierno e instituciones, cultivándose a la luz del día la ciencia hoy llamada oculta, «la del saber que se sabe lo que se sabe, y saber que no se sabe lo que se ignora» *(Lun Yu*, II, 17). Por eso el teósofo lusitano acaba la erudita introducción de su obra, diciendo: «Lo que de ordinario se distingue como *civilización*, no se caracteriza principalmente por otra cosa que por el materialismo!»

En fin la introducción contiene un erudito resumen de las ideas ocultistas de Lulio, Roger Bacón, Leonardo de Pisa, Pedro de Albano, Cecco d'Ascoli, Robert Fludd, Rosenkrentz, Agripa, Cardano, Porta, Paracelso, Van Helmont, Saint Germain, etc.; un elogio a las maravillosas construcciones del pasado en los subterráneos de Ajunta, Ellora, Nagkonwat, Angkor, etc.; indicaciones preciosas acerca de los centros iniciáticos del Tibet, los Himalayas, Egipto, etc., y una bibliografía teosófica de los libros y revistas que nos son tan queridos.

Continuaremos el examen de la obra del insigne ocultista portugués en sucesivos artículos.

M. Roso de Luna.

El Gran Sacrificio de Dios

POR C. W. LEADBEATER

(Un nuevo influjo de vida ha aparecido en las aspiraciones religiosas de los hombres desde la tentativa hecha para comprender la inmanencia de Dios como inseparable de la naturaleza humana. El hombre y Dios no están separados por un abismo tan ancho como el concepto que de la transcendencia de Dios expone la religión ortodoxa. Mr. C. W. Leadbeater, en el siguiente artículo dirigido a los miembros de la Orden de la Estrella de Oriente, en Sydney, Australia, explica cómo por el propio sacrificio puede el hombre unirse místicamente con Dios.)



ABEIS oído recientemente otra lectura del notable libro titulado: *Lo que nosotros enseñaremos*. Quienes lo hayan leído pueden recordar (y si alguno no lo conoce, seguramente lo adquirirá sin demora, porque para los que formamos la Orden de la Estrella es un libro de gran valor e importancia) que está dividido en tres partes, y habla: primeramente, del Amor, que es Fuerza; después, de la Belleza, que es Alegría, y, por último, de la Acción, que es Vida.

Os hablé en nuestra última reunión de la Belleza, que es Alegría, como en otra ocasión, respecto âl Amor, que es Fuerza. Hoy quiero deciros unas cuantas palabras de la Acción, que es Vida.

Oísteis lo que se dijo del Sacrificio. Ahora bien; este forma parte de la Acción, que es Vida, y el intento del autor es demostrar que el sacrificio es la única verdadera acción, en Armonía con la Acción Divina, porque todo el universo es una expresión del Sacrificio de Dios. Él se limita a sí Mismo, Él prescinde de Su gloria; como dice la exposición cristiana. «Y por nosotros y por nuestra salvación descendió de los cielos.» Desde luego que esto ha sido muy mal comprendido, tergiversando su verdadera significación para imbuír la creencia en la encarnación de Dios en forma humana, cuando lo que realmente significa el descenso de la Divinidad es que Dios está siempre descendiendo a la materia para que podamos llegar a ser y realzarnos desde los nive-

les de la materia a Su propio plano, hasta Él mismo; no para salvarnos de un imaginario infierno, producto de una imaginación enferma, sino para llegar a ser también Dioses a nuestra vez. Esta es la razón por que el Logos, el Verbo Divino, se sacrifica a Sí mismo por Su descenso en la materia.

La diferencia entre nuestras ideas respecto a este punto y las ideas del panteista es digna de atención. El panteista sostiene que *todo* es Dios, que nada puede existir que no sea Dios, y esto es absolutamente cierto; pero olvida que fuera y más allá del universo, existe Dios con poderoso e ilimitado poder. Quienes hayan leído las Escrituras Orientales recordarán lo que está escrito en el *Bhagavad-Gîta*, «Habiendo creado este universo con un fragmento de Mí mismo, Yo permanezco.» Ésta es la doctrina de la transcendencia de Dios, que es parte necesaria de la inmanencia de Dios; pero aunque Él se manifiesta a Sí propio por medio de la materia inferior, esta parte de Su existencia es de sacrificio, porque a Sí mismo se limita, descendiendo voluntariamente a estas limitaciones de la materia con objeto de que al fin el Amor de Dios sea más perfecto y existan aquellos seres inteligentes sobre los cuales se derrame el Amor e inteligentemente vuelvan a Él. De este modo toda la Vida Divina, tal como nosotros la concebimos, es una vida de sacrificio.

Ahora bien; sólo cuando el hombre se pone en contacto con la Vida Divina y la comprende, empieza a vivir del todo para el propósito de su evolución, puesto que para la manifestación de las potencias del espíritu es necesario que el hombre descienda a la materia. En el descenso a la materia, debe una individualidad formarse a costa de mucho trabajo y sufrimiento. Aparece inmediatamente, como un centro de fuerza espiritual, un poderoso foco mediante el cual se derrame mayor flujo del poder y del amor divino sobre los demás. La individualidad, por lo tanto, es necesaria. Debe formarse un centro firme y robusto, y la única manera de lograrlo (en cuanto alcanza nuestra comprensión), es desarrollar el yo inferior por medio del egoismo. Así ocurre que, cuando el hombre llega por primera vez a la existencia individual, empieza por considerarse como tal individuo, como un punto separado. Debeis formar firmemente este centro para que por él

cerlo a Dios. Os sacrificáis hasta donde podéis en beneficio de algún ser amado, o en favor de vuestros semejantes, porque los hombres se sacrifican frecuentemente sin saber lo que hacen ni conocer la magnitud del sacrificio. Pero todo lo que se sacrifica, lo que se hace o da desinteresadamente es santa ofrenda a Dios, sea cualquiera su propósito original si está dirigida a Él o a alguna de Sus criaturas. Porque, aun entonces, lo que se hace por un semejante se hace por amor de Dios, porque en aquel semejante está Dios manifiesto y el sacrificio hecho por el ser amado se hace por Dios en él, por la Deidad del universo. Los hombres se sacrifican sin saber lo que están haciendo.

Considerad la guerra actual. Ved cómo millones de hombres ofrecen su vida por un ideal, por el honor y libertad de su país, cuya defensa se les ha confiado colectivamente. Aquellos hombres sacrifican sus vidas y sus amores, y este sacrificio los santifica, porque lo ofrecen a Dios y a la patria. Pocas ocasiones como ésta depara la historia; pero sabéis muy bien que siempre hay resignación y sacrificio, silentes y desconocidos. ¡Cuántos se sacrifican por aquellos a quienes aman! ¡Cuántos hijos agotan su vida en beneficio de una madre enferma o achacosa! En muchos casos, un pariente mantiene a otro enfermo o inútil durante toda la vida, y lo hace alegremente no pensando ni queriendo cumplir un deber hacia Dios, sino sencillamente como un acto de amor hacia el menesteroso. Todo sacrificio es sagrado en la verdadera acepción de la palabra; es una vida consagrada a Dios tan sinceramente o a veces más que la de frailes y monjas.

Hay verdaderos sacrificios inconscientes de su dignidad y estupendo poder. Porque hay un poder en el sacrificio. Mientras el hombre trabaje sólo por su separada personalidad y amontone dinero para su yo o trate de alcanzar poderio para sí mismo, no disfrutará por completo de la verdadera vida divina. Vive soñando y sólo cuando despierta y ve el mundo tal cual es y comprende la mente divina, empieza a vivir para Dios, siendo así que antes vivía para sí mismo.

Las leyes que rigen el universo son inmutables e inviolables, y el hombre que trabaja para su yo inferior encuentra resultados de la misma índole. Recordaréis que Cristo dijo de los fariseos

Sabeis que, según frecuentemente dicen nuestros libros, cada progreso hecho por un Adepto, o por un discípulo de un Adepto, se refleja en toda la humanidad y no en un solo individuo; que el mundo mejora a cada paso que él da. Esto es realmente verdad y no ficción poética. Las gentes creen que las más hermosas ideas son símbolos, cuando representan hechos científicos. El hombre que trabaja a favor de la humanidad y progresa como miembro del conjunto, y no como yo separado, ayuda al todo, y su karma o resultado de su acción no procede de él, sino de la humanidad de que forma parte. Así ocurre con los Grandes Maestros. Habéis leído que los Maestros no están limitados por el karma, a pesar de que el karma es una ley análoga a la de gravitación que a todo rige; y por lo tanto, aunque, grandes y poderosos, deben sujetarse a la ley. Precisamente porque han aprendido que el yo separado es una ilusión, se consideran parte del todo, y por consiguiente ya no crean el karma que ata para hacerles que vuelvan a recibir el resultado de Sus separados esfuerzos. Como parte de la humanidad, hacen el esfuerzo, pero en interés de ella, que goza del beneficio. Por lo tanto, todos recibimos esta ayuda aunque no pensemos en ello.

El mundo está dividido en auxiliadores y auxiliados. Durante mil generaciones, estuvimos entre quienes necesitaban ayuda; tiempo es, seguramente, de que tomemos nuestro destino en nuestras propias manos y nos unamos al poderoso ejército de los auxiliadores; no seamos por más tiempo rémora, sino acicate de la evolución. Podéis estar entre las potencias impulsivas en vez de ser cargas transportadas.

Esta es precisamente la actitud que debemos adoptar. Para alcanzarla, ejercitaremos esta Acción, que es Vida, este Sacrificio, que es Servicio. Abandonad la idea de retener algo para vosotros exclusivamente, para el yo separado. Aprended a utilizar todo cuanto tengáis en favor de la humanidad, de la cual sois parte. Ejercitad esta cualidad como los soldados el arma, que no les pertenece de por sí, sino como parte que son del poderoso ejército, para esgrimirla en el objeto que el ejército representa y no en sus contiendas individuales. Del mismo modo, todo cuanto poseáis debéis considerarlo como un depósito para la humunidad, de la

cual sois parte, y usarla para ella. Si tenéis maravillosos talentos no os engriáis personalmente, sino pensad más bien, «yo soy un número en este vasto ejército de la humanidad y obligación tengo de emplear este poder en beneficio del ejército humano en ayuda de mis hermanos, para cooperar a la realización del plan que rige nuestra existencia.» Si poseéis cosas de valor, si sois muy ricos, esas grandes riquezas se os han dado en depósito, no para vuestro personal placer, sino para que las empleéis sabia e inteligentemente en ayuda del género humano. No consideréis nada como propio, sino para emplearlo en favor de todos. Tenéis más valiosos tesoros todavía: hijos robustos y vigososos. Nunca penséis que existan para vosotros, para daros placer y serviros de apoyo en vuestra vejez. Puede o no ser así. Recordad que todos los hijos son hijos de Dios y que existen para la humanidad, a la que ayudan, para la cual debeis educarlos y ofrecerlos. Pensad cuäntos padres entregaron a sus hijos en defensa de la patria en esta gran guerra. Pensad cómo estos hijos, pródigos de su sangre, la derraman por el ideal, por el bien de su país. Recordad que se sacrifican por la humanidad. Recordad que debemos sentirnos parte del todo y desvanecer la ilusión del yo separado. Los Maestros dicen que el Universo es el sueño de Dios; pero realizando Su sueño llegaremos a identificarnos con Él. Nuestros sueños, no serán otra cosa que sueños en sueño y por lo tanto inútiles; pero si podemos formar parte de Su potente realización, nos uniremos verdaderamente a Él.

El clarividente tiene en esto enorme ventaja, pues todas estas cosas, que tal vez os parezcan consejos para la perfección, difíciles de comprender y seguir, para el clarividente son como realidades físicas, porque ve otros planos del mismo modo que vosotros veis el plano físico. Pongamos un sencillo ejemplo. Las diferentes fuerzas actúan en diversidad de curvas, y en cualquier pensamiento inherente al Yo como afecto, devoción o simpatía, resultan varios colores, pero la energía difundida vuelve de nuevo en curva cerrada, elipse o círculo, al punto de origen. El hombre que se olvida de sí, en sacrificio por sus semejantes, traza la curva abierta, la parábola o hipérbola, cuya fuerza llega hasta Dios, y desde Él retorna en respuesta a la humanidad, de

la que dicho hombre es mínima parte. El hombre es la unidad de aquella mayor y lejana Unidad.

Entonces, cuando trabaja como unidad, vive realmente por vez primera y puede decir: «Hágase la voluntad de Dios, porque mi voluntad es una con la Suya. Veo ahora lo que Él quiere y a Él me entrego.»

Quizá estamos todavía lejos de esto y no somos capaces de verlo, pero con seguridad advertimos la magnitud del concepto, y comprobamos que hasta que lo hayamos visto no habremos tomado posesión del mundo o comprendido su objeto. Cuando descubráis la belleza del sacrificio, desaparecerá su pesadumbre, si la hubiere, y sólo veréis su gloria y hermosura. Veréis que la ofrenda se santifica por el ofrecimiento, y el ofrendario se santifica por la ofrenda. Entonces toda acción es servicio, porque se hace para el servicio de Dios y de los hombres en quienes Dios está religiosamente contenido. Esta idea no es de imposible realización. Basta comprenderla y practicarla altruistamente en la vida diaria, porque comprendemos el Plan Divino. Esto no es imposible ni siquiera dificil. El sacrificio entraña un gozo más interno que cualquiera de los que el hombre pueda disfrutar. Hay quienes todavía no han comprendido estas cosas, y al que nunca ha pensado más allá de sí mismo, le es muy difícil comprender cómo puede gozar pensando en lo que no es él. Examinad esto y lo entenderéis. Probadlo y entraréis en una vida, comparada con la cual, toda otra es sueño y sombra. Así pudo decir el autor del libro a que al principio me referí:

«El sacrificio es un poder que todo lo unifica.»

«Por medio de la acción, que es sacrificio, llega la vida al amor, que es fuerza, y a la belleza que es alegría.»

(Veis que sólo por medio del Sacrificio podéis aprender a amar verdaderamente, a apreciar la belleza real y disfrutar de intenso gozo.)

El señor Jinarajadasa dice:

«Éste es el camino que todos deben hollar, el sendero que el amoroso Dios trazó para Sus bien amados. Ésta es la tercera verdad que enseñaremos en Su Nombre.»

Acordaos de que perteneceis a la Orden de la Estrella, que no

debéis vivir en el pasado, ni estar anacrónicamente entre aquellos que todavía no han comprendido el propósito de la vida ni han salido realmente del reino animal. Vosotros debéis ser de los que han alcanzado el reino humano y están impelidos progresivamente para llegar a Dios por medio de la humanidad. Debéis conocer, y el conocimiento es amor y sacrificio. Debéis vivir en el futuro porque estáis en expectación de la llegada del Gran Señor de Amor. Debéis vivir así ahora para justificar la enseñanza que Él nos dará: Olvidad lo pasado. Hemos transcendido el reino animal. ¿Habremos de vivir como los animales? No, nosotros somos Dioses en el género humano. Esforcémonos en ir hacia la Divinidad y sepamos que solo por medio del Amor, de la Belleza y del Sacrificio podremos llegar a ella. Y por lo tanto, sólo por el ejercicio de estas virtudes llegaremos a unificarnos gracias a Él.

(Traducido por Angel Calvo Blasco).
Del «Herald of Star», Septiembre 1916.



¡NO DESCENDAMOS!

En nuestros días—se dice—lo sabemos todo. Ante las afirmaciones simplistas de un positivismo que a su vez dogmatiza, las antiguas creencias palidecen, la duda fracasa, y la intuición se sume en el descrédito. ¡Y se tacha de intuición cuanto no es ponderable! Ya no debiéramos decir como ayer: «Incipit Zarathustra», pues lo que realmente ha comenzado mucho tiempo há, es la era del pensar con balanza, pensar medible, registrable, que pretende perseguir una verdad que se pondere y se gradue... Acaso se estimó que éramos demasiado apolineos y divinales y se nos ha querido tornar mercuriales y terrícolas, enviándonos, como tantas otras veces, de un extremo al otro.

Hemos logrado, en verdad, enterarnos de millares de cosas, que son concluyentes pero que, por desgracia, no nos hacen mejores ni más felices. Sabemos, por ejemplo, que el perfume de las flores y el gas de los pantanos son hidrocarburos; que la pasión amorosa está conexionada con la supernutrición; que una cara rosada es menos romantizable que otra pálida, toda vez que, en último análisis, el rubor no es sino una leve metarrítmisis de la circulación sanguínea; y que las lágrimas, en suma, son simples secreciones salobres, importándonos secundariamente el que estas secreciones se entremezclen con la felicidad, el dolor y la vida, o que el rubor humano interese a la especie más que una aurora boreal, suerte de rubor celeste que—por excepción—aún no sabemos lo que significa...

Las cosas, empero, marchan obstinadamente por distintos caminos de los que nosotros tratamos de trazarles, y por otra parte, son probablemente muy distintas de como las ve nuestra filosofía del momento, y por ende, de como las vamos predicando sucesivamente; y además, permanecen en esencia más apartadas de nosotros de lo que parece; sobre todo si se admite que los mayores enigmas para nosotros—¡vulgar es decirlo!—están en nosotros mismos. Teniendo, pues, presente lo lejanos que estamos de nuestra propia, inmediata e íntima comprensión, es de sospechar la ignorancia en que nos encontraremos respecto de las cosas más o menos lejanas que nos rodean.

Cierto es que, si lo anhelásemos verdaderamente, el mundo en que se mueve cada una de nuestras experiencias, tanto podríamos hacerle terminar en sí, como prolongarle hasta lo infinito. Pero el hombre es agarófobo y le asusta el espacio. Por lo general restringe el area de su experiencia por incapacidad disfrazada de método. Teme los extensos horizontes. Le sobrecoge lo etéreo, lo impalpable, lo imponderable, que parece revelarse en toda lejanía, habituado como está a la opacidad y densidad del humus en que vive. Tiene a gala referirlo todo a su intelecto que carece de alas; manifiesta horror a lo infinito; detesta el misterio; menosprecia lo divinal, y casi siempre se detiene en sus anhelos donde comienza lo eterno.

Por fortuna suele también acontecer, que, a despecho de una

ciencia indiscutiblemente respetable, pero no siempre satisfactoria, nuestras pobres y tímidas intuiciones—¡rescoldos cenicientos del arcáico fuego divino que iluminaba la estirpe humana primigenia!—se obstinan, por encima de todo, en alimentar nuestra inextinguible y salvadora sed de infinito, nuestros anhelos de absoluto; sed y anhelo que hicieron del hombre lo que es, a través de evoluciones milenarias. Y resultan estas menospreciadas intuiciones, las que realmente nos salvan, viniendo a ser el único vehículo que nos pone en contacto con lo que es esencial, que, naturalmente, está oculto en el alma de las cosas. Si ellas por ventura nos hablan, no se dirigen al intelecto ni a la razón sino al alma, que no precisa para comunicarse, de la sospechosa lógica ni de la falaz palabra.

Mediante nuestras intuiciones podemos atisbar algo de lo que somos. Y sabemos así,—lo sabemos desde el alma--que somos pensamiento hecho carne; ideales que buscaron y hallaron cuerpo; anhelos que desearon manifestarse; sueños que se hicieron realidad; almas que cayeron ¡ay! en la Tierra; tal vez repeticiones del pasado, acaso anticipos del porvenir... Y que, ya flores que el viento siega indiferente no dejando de ellas ni el perfume, ya piedras preciosas que siglo tras siglo construyen perennes aristas llenas de luz, del Misterio venimos y hacia él vamos.

Alrededor de este Misterio el hombre ha amontonado montañas de palabras, algunas de ellas bellas y consoladoras palabras, pero no pocas veces ecos vagos, monotonas repeticiones, sonidos, lamentos, igualdades, debilidades y aun estériles apóstrofes o grotescas negaciones, que no nos desdivinizan, porque en oposición a quienes quieren extraernos de un *Batibius* gelatinoso, el hombre siente, cree, y comprende que viene de Dios... ¡No descendamos!

En nuestras almas hay resplandores que no pudieron ser heredados sino de antepasados divinos. Desgraciadamente nosotros los arrastramos por el fango. ¡Salvémoslos! ¡Elevémoslos! ¡Salvémonos! Procuremos, si ello es necesario,—¡y posible!—purificar el fango que nos rodea... ¡Pero ascendiendo! No podemos admitir una igualdad que nos obligue a descender. No van con la evolución las cosas que hacen retroceder o descender, y la «Igualdad» en

ocasiones hace descender. En el Cosmos, por lo demás, no hay nada igual. ¡Deben ascender los de abajo! ¡Debemos ascender unos y otros, aunque vayamos dejando a pedazos nuestro corazón en la áspera pendiente! Por ella subieron Epicteto, Marco Aurelio, Novalis. Hacia ella debemos encaminar nuestros torpes pasos vacilantes. Y seamos ante todo respetuosos.

VIRIATO DÍAZ-PEREZ

(Asunción del Paraguay).

Nuestros instructores y su método

POR A. P. SINNETT



L estudio retrospectivo de las condiciones en que los conocimientos concernientes a la Jerarquía Divina y las leyes que rigen la evolución humana han ido infiltrándose gradualmente en el mundo, en el curso de los últimos 38 años, arroja viva luz sobre la cuestión de las relaciones entre la Sociedad Teosófica y la Jerarquía Divina. Hoy podemos claramente ver que el fin del movimiento teosófico es abrir el Sendero de la iniciación a gran número de personas dispuestas a marchar por él, pero ignorantes de las condiciones y significación de tal progreso. Los Maestros que proyectaron el movimiento (como ensayo al principio) tuvieron que proporcionar sobre su propio puesto en la Naturaleza y el fin último hacia el que debía tender la humanidad, informaciones suficientes para guiar a quienes fuesen capaces de verdadero progreso espiritual. Ya la religión había más o menos logrado enmendar la conducta de muchas gentes sin proponerse mayor motivo que obtener la felicidad en otro estado de existencia. Para que estas gentes se den cuenta de que es posible hacer aún más, de llegar a estados de existencia superiores al nivel de la humanidad corriente,

era preciso ante todo dar alguna idea del plan divino. No dejaba de ser tarea delicada instruir a la humanidad en este orden de conocimientos, pues ni en extensión ni en complejidad, ninguna de las ciencias relativas a las cosas físicas era comparable a esta grandiosa ciencia del lado hiperfísico de la Naturaleza. Una ojeada retrospectiva nos descubre cómo nos llegaron gradualmente los conocimientos de química y electricidad, en fragmentos que con frecuencia resultaban engañosos. Por un método algo análogo optaron los instructores de los mundos hiperfísicos.

Los Maestros, llamados al principio simplemente «los Hermanos», los miembros de la Jerarquía Divina más próximos a la humanidad corriente, debieron ante todo darnos a conocer su existencia. Desde el comienzo del mundo se habían ocupado en los complicados problemas de la evolución humana, pero se mantenían tras impenetrable velo y era preciso levantarlo. A la señora Blavatsky se le confió la tarea de levantar una punta de él. Después fué necesario insinuar bastantes acontecimientos hiperfísicos para que la vanguardia de la humanidad comprendiese que en el actual estado de la raza a que pertenecemos, es posible que cuantos de ella forman parte se eleven hasta la Confraternidad y tomen puesto entre los Hermanos. Para esclarecer este concepto, ha sido preciso explicar los principios elementales en que se funda la vasta ciencia que trata de los dominios hiperfísicos de la Naturaleza. Al comienzo, algunos de nosotros que habían entrevisto esta vida eran infatigables y entusiastas en sus demandas de explicaciones, embarazando con ello la tarea de los Maestros. Su trabajo fué, ante todo, de orden espiritual. No estando el mundo preparado para recibir la efusión de nueva luz, se imponía la prudencia en las respuestas, pues era muy arriesgado revelar conocimientos que pudieran emplearse mal; pero una vez difundida suficiente luz para proveer los materiales del libro *El Buddhismo Esotérico,* quedó en buen camino la experiencia. Cinco o seis años más tarde, *La Doctrina Secreta* añade a la primera enseñanza elemental una amplia aura de datos colaterales en que se sumergen deleitosamente numerosos estudiantes; pero se necesitaban más completas y definidas informaciones para establecer el «ocultismo» sobre una estable base

científica. Desgraciadamente algunos estudiantes parecen preferir las impresiones nebulosas a las claras y consideran los contornos precisos incompatibles con el pensamiento espiritual. Es cierto que la inteligencia encarnada en el mundo físico no siempre puede tener claro concepto de los problemas de la vida espiritual, pero la falta está en el cerebro físico y no en la idea considerada; pues seguramente en un estado más avanzado, como el de los Maestros de Sabiduría, las ideas que hoy no comprendemos serán perfectamente definidas. Nuestra actual labor ha de ser la comprensión de los planos superiores y de la vida en ellos tan claramente como nos sea posible por el estudio y el pensamiento, lo cual nos lo facilitan los copiosos pormenores que desde la dispensación de las enseñanzas originales, nos han llegado por diferentes conductos. El concepto que hoy podemos tener del conjunto divino al que pertenecemos, es respecto al concepto elemental de hace treinta años, tan adelantado como la moderna química comparada con la de Lavoisier. Los conocimientos que nos permiten adquirir este superior concepto están diseminados en miles de libros y publicaciones fácilmente accesibles.

* * *

En la medida en que cooperé a esta acumulación de conocimientos, el método de instrucción adoptado fué siempre el mismo; es decir, el opuesto al adoptado en las escuelas profanas, pues el instructor no señala lecciones para que el discípulo las aprenda, ni se limita a contestar, si lo juzga conveniente, a las preguntas del discípulo. Al principio, en vano esperaban respuesta mis preguntas. Durante el período experimental del movimiento teosófico estaba sujeta la enseñanza a severas restricciones, pudiendo ahora darnos cuenta del vasto saber de los Maestros, en comparación del nuestro, por lo que entonces les era imposible darnos más enseñanzas que las fragmentarias. Considerando el pasado desde mi actual punto de vista, observo que mis preguntas hubieran podido ser más ordenadas; pero los Maestros se ocupaban principalmente en darnos una vista de conjunto del mundo oculto y sus relaciones con el mundo de la vida corriente, prescindiendo de la

con los demás sistemas solares del Cosmos a que pertenecen. Entre tanto podremos darnos cuenta de que la gran ciencia del aspecto hiperfísico de la naturaleza, a la que hemos tenido el honor de ser admitidos, es de una extensión verdaderamente infinita; que la palabra «fin» jamás debería emplearse en la literatura teosófica; que los más adelantados de nosotros no son más que principiantes en el estudio de las magníficas posibilidades inherentes a la vida humana, y que tal estudio, por amplio que sea en esta vida terrena, sólo es de por sí el comienzo de un proceso evolutivo sin interrupción alguna entre nuestro actual estado y los más sublimes grados de la Jerarquía Divina.

Tales alturas, ¿no son accesibles más que a la suprema virtud y a la santidad? La teología monacal rodea la idea de santidad de características rechazadas por muchos de nosotros; pero la verdadera perfección moral es evidentemente condición *sine qua non* del progreso espiritual, tomado en su más amplio sentido. La idea frecuentemente desconocida es que debe acompañarlo el conocimiento. Aun en los estados elementales del progreso espiritual, deben los individuos emplear las leyes naturales desconocidas todavía por la ciencia y solamente cognoscibles por quienes tienen plena conciencia en los planos superiores de la naturaleza. Añadid a esto la fundamental verdad de que en la vida física, a despecho de sus limitaciones, debemos todos principiar, por altas que sean las empresas que nos propongamos realizar. Puede no parecer animador el comienzo y hasta hallarse invadido de un sentimiento de decepción; pero, sin embargo, podrá ser el germen del que brote una vigorosa planta en otra vida, y esta vida no nutriría la planta sin antes sembrar el germen en el fértil suelo del plano físico. Cabe decir, empleando un lenguaje menos figurado, que el estudio de la ciencia hiperfísica puede parecer casi sin término; pero tarde o temprano, quienquiera que perciba las lejanas posibilidades del esfuerzo, se apresurará a efectuarlo en respuesta a la invitación divina que levantó el velo bajo el cual precedentemente estaban ocultas a los ojos de la parte menos avanzada de la humanidad las magníficas realidades del mundo espiritual.

(Del Théosophy in Scoland; Julio-Agosto 1918)
Traducido de «Le Lotus Bleu», por J. Pavón.

EL PROBLEMA OBRERO
Y MODO DE SOLUCIONARLO

ESTE problema en apariencia tan difícil de resolver, es sin embargo, de relativamente fácil solución, aunque ésta entraña muchas dificultades que vencer.

El proletariado es, en efecto, la primera víctima de todas las perturbaciones sociales; pero ya es hora de que los que guían a estas pobres masas les enseñen a practicar el verdadero camino de su redención económica.

Leí un artículo que hablaba de la emancipación de la mujer, escrito a propósito de la fundación de una sociedad encaminada a este fin, y entre otras bellas cosas decía: «Mientras las mujeres tengan alma de esclavas estarán esclavizadas.» Y esto es una gran verdad. El mayor mal de las cosas que padecemos está en nosotros mismos, y el egoismo y la presunción humanas nos hacen torcerlo todo de manera que siempre buscamos fuera de nosotros las causas de nuestros males, cuando en realidad tenemos en nuestras manos *todos* los medios para evitarlos.

El proletariado acusa (más en España que en ninguna otra parte) al gobierno, a los capitalistas, a los burgueses, a todo menos a su falta de aptitudes y de iniciativas hacia lo práctico y producente. En Suiza, en Alemania, que es donde quizá la clase obrera debería sentir, por las circunstancias en que se halla el país, más violentamente los efectos de la miseria, tenemos la certeza de que no la sentirán antes que los capitalistas y burgueses, pues están en su mayoría organizados en cooperativas de producción y de consumo, que les dan todos los medios de abastecerse y equiparse, pues ellos son también colectividades capitalistas y nada tienen que envidiar a los ricos. Y lo mismo sucede en Inglaterra y en muchos puntos de Italia, etc. etc., donde la Cooperación ha tomado gran incremento. Estas cooperativas poseen fábricas de todas clases y buques mercantes, y emplean por su cuenta sus propias energías, y todos son obreros. En Barcelona y en otros puntos de España existen también cooperativas, pero desgraciadamente, quizá por falta de cultura societaria o porque los obreros no se han dado exacta cuenta de que estaba en sus manos remediar sus males, o por su temperamento meridional, se ha sentido impulsado más bien a seguir los apasionamientos de unos o de otros, y quizá por esto o por otras causas, la cooperación ha prosperado poco.

Así, pues, el colectivismo es la clave de la emancipación. El

salud en un taller y no la ha vuelto a encontrar ni la encontrará jamás. El medio, pues, de evitar *para siempre* la pobreza y miseria, es emplear toda la energía y actividades en organizarse, en estudiar el colectivismo y la cooperación y ponerlos en práctica. Ejecutar su propia labor, dignifica al hombre; pedir y usurpar es una indignidad, pues la naturaleza nos ha dotado a todos por igual. De nosotros depende el uso de nuestras facultades, y el resultado de nuestros actos nos llevará a la felicidad o a la derrota social.

CARMEN MATEOS DE MAYNADÉ

NOTAS

EXTRANJERO: De Rusia.—Dice desde allí un miembro de la Sociedad Teosófica, referente a su revolución: «¿Llegará la época de la renovación de Rusia? Difícil es asegurarlo. No obstante, debemos estar firmemente convencidos de que, aunque Rusia fuese vencida, cosa que creo imposible, no se retardaría lo más mínimo su adelanto teosófico. La misión de los teósofos es trabajar para una civilización espiritual, y la espiritualidad sólo puede surgir de entre las ruinas. Ahora, en medio de los horrores del presente, estamos sembrando las primeras semillas de la gran «Anarquía» de la Séptima Raza».

Continúa diciendo este miembro que ningún extranjero, excepto los indos, es capaz de profundizar la situación actual de este país. Cita al efecto a un poeta indo que ha dicho que Rusia no ha sido bien considerada por las multitudes, ya que no se ha tenido en cuenta que todas sus potencias y energías se encuentran en germen. Añade que el tiempo confirmará sus palabras. Dice, finalmente, que, entre tanto, los miembros de la Orden de la Estrella de Oriente y de la Sociedad Teosófica han de fortalecer y purificar su inherente misticismo, y al mismo tiempo vivificar la *Santa Rusia* que no se halla en estado de decadencia sino de despertar.

De Egipto.—La Sociedad Teosófica tuvo su primera Asamblea en Egipto, la tierra de los antiguos y sagrados misterios.

Grandes son las actividades que se desarrollan en Egipto; el número de miembros oscila entre 50 y 60. Se han fundado en el Cairo, gracias al trabajo de algunos infatigables jovenes, cuatro logias: tres inglesas y una francesa, además de la logia italiana, que ya se hallaba constituída. En Alejandría existen dos logias y en Port Said una. Tan pronto como las circunstancias lo permitan se abrirá, en el Cairo y Alejandría, un curso de conferencias.

De Estados Unidos.—En Kansas, algunos miembros de la S. T. han constituido una liga para la «Prevención del crímen legalizado» a fin de procurar la abolición de la pena de muerte.

Mediante las actividades desarrolladas por esta liga, tres estados abolieron la pena de muerte.

De Valparaiso.—Según leemos en *El Mercurio* de Valparaiso, continúan las veladas teosóficas en la logia Lob-Nor de dicha ciudad, amenizadas siempre con escogidas piezas de música, en cuya ejecución toma parte principalísima la Srta. Harrington.

Los jueves, 26 de septiembre y 3 de octubre últimos, disertaron los Sres. D. Luís Andueza, sobre *Raja Yoga;* D. Fernando Zanelli, sobre la *inexactitud de que la Teosofía sea anticristiana*, y otro socio, sobre la *escala de las vidas.*

Nos llena de satisfacción la exuberante vida de esta logia a la que deseamos un progreso incesante.

BIBLIOGRAFÍA

Valencia.—*La Luz del Porvenir.* Sumario de octubre: *La voz profética de Pi y Margall*, por la Redacción.—*¡Pobres maestros!*, por J. Blanco Coris.—*Labor prima virtus*, por L. Maspons.—*Liga de Unión Mental y Apostolado Espírita*, por Mariano Anglada.—*Los Enemigos del Espiritismo*, por Filoteo.—*La sexta raza*, por Elsa Barquer.—*Los diez Mandamientos de Amor*, por F. Valera.—*La comunicación en Sabadell*, por A. K.—*El Sábado de la ley*, por Faustino Isona.—*Hipnotismo e Hipnoterapia*, por B. Bohorques.—*Los Grandes Mediums.*—*Noticias*, por Manuel Real.

Buenos Aires.—*El Atalaya.* Sumario de octubre: *Un alma de demonio*, por Gmo. T. Bartlett.—*Las tres lll negras del espiritismo*, por W. E. Biederwolf.—*Escasez, hambre, pestilencia*, (editorial).—*La vuelta del Vencedor, la promesa de Su venida*, por F. L. Perry.—*Cómo vendrá.*—*El propósito de Su venida*, por J. W. Westphal.—*El misterio de la bala dum-dum*, por Literary Digest.—*La oración de fe*, por Esc.—*Se pone atajo al lujo.*—*Forjando las rejas de arado en espadas.*—*Milagros a $ 1'80 la docena.*—*Aumento constante de criminalidad.*

México.—*Flores de Loto.* Revista gratuita. Sumario de septiembre (primer número): *En la senda, un paso, unos pasos más...*, por Silvestre Garza.—*La Sociedad Vedanta «Ananda»*, por Alpha.—*Karma*, por Filaleteo.—*Cometas y Estrellas Temporarias y Variables*, por Lys.—*El Eter*, por Luís Gonzaga.—*La Alimentación Ideal*, por Vero. —*El Esperanto y la Guerra Europea*, por Kateno.

París.—*Le Lotus Bleu.* Sumario de octubre: *Los flancos de la evolución*, por A. Besant.—*Teosofía Práctica*, por Jinarajadasa —*La Magia negra y la Magia blanca en Oriente*, por A. Besant.

Santiago de Chile.—*Nueva Luz.* Sumario de septiembre: Extracto de A. Besant.—*Las causas profundas de la guerra*, por C. Jinarajadasa.—*Preguntas y respuestas*, por A. Besant.—*Algo más sobre el Nuevo-Pensamiento, la Ciencia Cristiana y las enseñanzas teosóficas*, por A. H.—*Noticias teosóficas*, por A. Besant.—*Despojos humanos*, por el Dr. F. V. V.—*Pensamienios*, por A. Besant.—*Bibliografía.*

Imp. de J. Sallent y C.ª — San Quirico, 32. — Teléfono 520. — Sabadell.